

DIOS, CONSIDERADO COMO CAUSA PERSONAL
DE LA REALIDAD CREADA

§ 100

La realidad de la creación del mundo

Dios ha creado el mundo de la nada con voluntad libre y amorosa (dogma).

I. *Explicación*

1. Con ello se afirma que el mundo no es una realidad que se explica por sí misma, necesariamente existente, en sí y de por sí comprensible (Naturaleza entendida en sentido filosófico); asimismo, se afirma que no es el escenario o el material de la actividad cultural, de por sí absoluto y autosuficiente, sino que ha sido creado por Dios, sin presuposición alguna, con todos sus elementos y bajo todos los aspectos, tanto en lo que concierne al modo de ser como a la existencia misma, a la esencia y a la realidad, a la racionalidad.

La expresión “de la nada”, que fácilmente puede dar lugar a malas interpretaciones, no quiere decir que la nada sea una materia originaria de la cual Dios haya podido hacer o sacar el mundo. Significa la ausencia total de cualquier concausa fuera de la di-

vina. En la hora determinada y fiada por Dios empezó a existir el mundo, no habiendo existido anteriormente nada. El Universo debe exclusivamente su existencia a la omnipotencia de la voluntad amorosa de Dios.

La creación del mundo es *creacionismo* auténtico, absoluto, no habiendo nada con lo cual pueda ser comparada. En el sector de las cosas humanas hablamos también de verdadera creación, en la ciencia o en el arte, realizándose la creación, en este caso, mediante los sonidos, colores y formas. Ahora bien, aun en las supremas manifestaciones de la creación humana, se presupone siempre una materia preexistente que no ha sido creada por el hombre, sino que existe a disposición de éste. De tales presupuestos depende la suprema fuerza creadora del hombre, ya sea que se trate de la palabra humana, del lenguaje, del sonido. Solamente cuando nos esforzamos por eliminar del "creacionismo" de Dios esos presupuestos, podemos llegar a formarnos una idea análoga de la actividad creadora divina. La acción creadora divina no es una lucha con la materia, no es una formación o estructuración de lo caótico, no es una superación del caos, sino libre y voluntaria comunicación de la existencia. Llama a las cosas y las dice que salgan de la nada (al emplear este modo análogo de hablar, debemos guardarnos bien de considerar la nada como un espacio vacío en el cual Dios dejara oír su voz; pero nosotros sólo podemos hablar análogamente del Dios vivo). Obedientes a la voz divina, las cosas responden saliendo de la nada.

Esta actividad creadora no debe ser considerada como fría posición y causación. Es mucho más. Por *amor* Dios llama a las cosas y las introduce en el recinto de su amor protector, y las cosas le responden acogiéndose a su amor. De este modo, la creación se distingue de cualquier otra forma de producción. Sólo en sentido análogo pueden aplicarse a la relación Dios-mundo los conceptos de causa y efecto. El modo según el cual Dios es causa del mundo se parece a la producción en virtud de la cual una cosa creada es causa de otra. Pero la diferencia que media entra la "causación" divina y cualquier forma de "causación" en el sector de nuestras experiencias es esencialmente superior a la semejanza. Perdiendo de vista esta desemejanza, llegaríamos a formarnos una idea falsa de la creación. La desigualdad es tan grande que la creación se convierte en un misterio inescrutable. El misterio del Dios activo, libre y amante (véase vol. I, § 36).

2. Creación en sentido estricto es solamente la producción del mundo en cuanto tal ("primera creación"). Sólo en sentido amplio puede llamarse creación la evolución que se realiza en el mundo bajo la influencia de la actividad divina ("segunda creación": decoración, estructuración).

3. La creación no es una acción que surja de las profundidades de Dios y distinta de El. Es más bien la misma esencia divina en cuanto se halla en relación causal con las cosas exteriores a Dios. A la relación puramente mental (véase § 49) de Dios con las cosas corresponde una relación real de las cosas con Dios. El Dios y el Creador están íntimamente unidos por una especie de lazo, mediante esta relación fundada y mantenida en la existencia por el amor.

Fundamentación

1. a) El hecho de la creación del mundo manifestado por la Revelación es garantizado y testificado por el *Magisterio de la Iglesia* frente a las teorías paganas sobre el origen del mundo. La frecuencia con que esto sucede pone de manifiesto las dificultades con que tropieza el espíritu humano al tratar de apropiarse vivamente este hecho fundamental de la únicamente verdadera comprensión del mundo y del hombre. En los símbolos de la fe, la entrega creyente en manos del Creador aparece como la actitud fundamental del orante. En la confesión: "Creo en Dios Padre, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra" se manifiesta al mismo tiempo la diversidad estructural interna entre la fe religiosa cristiana y la no cristiana. En ninguna de las religiones paganas aparece este entregarse en manos del Creador. Antes bien, siempre son identificados de algún modo Dios y el mundo (*Monismo*, *Panteísmo*), o Dios desaparece en una lejanía desde la cual no puede ejercer influencia alguna sobre el mundo (*Dualismo* ontológico).

El espíritu humano parece sentirse siempre inclinado a incurrir en el uno o el otro de estos dos errores opuestos. Sobre todo a partir del Humanismo ha ido destacándose cada vez más la actitud en virtud de la cual el hombre considera el mundo como una realidad que se explica por sí misma, de modo que deja de plantearse el problema relativo al origen del mundo, por no conside-

rarse como problemática la existencia de éste. Contra esta actitud, la Iglesia ha anunciado la lejanía y cercanía de Dios, su inmanencia en la creación y su trascendencia con respecto a todo lo creado; ha anunciado la existencia del Dios único, ha anunciado la existencia del Dios Padre, creador de todas las cosas, de las visibles e invisibles (véanse los §§ 41 y 71).

b) El Magisterio eclesiástico ha condenado, especialmente, el *dualismo* ontológico en todas sus formas y manifestaciones, según el cual existen dos principios: el del bien y el del mal. Contra los *origenistas*, los cuales creían poder derivar de Orígenes sus enseñanzas, un concilio provincial constantinopolitano, celebrado el año 543 bajo la presidencia del patriarca Menna, condenó un sistema empapado de mentalidad platónico-estoica, según el cual todo lo que sucede en el mundo se realiza bajo la influencia exclusiva de leyes necesarias, de modo que no puede haber lugar para la manifestación de la libre y creadora actividad de Dios. Las resoluciones de este sínodo fueron confirmadas, al parecer, por el papa Vigilio. He aquí una de sus principales afirmaciones: "Que sea anatematizado el que afirma o cree que el poder de Dios es finito o que Dios ha creado tanto cuanto él puede comprender" (D. 210; NR. 163). Poco tiempo después (561) fué condenado, en el sínodo de Braga (Portugal), el sistema gnóstico-maniqueísta del *priscilianismo*, que se deriva de Prisciliano, aunque sólo se desarrollase después de la muerte de su fundador (385); un sistema que tiene muchos puntos de contacto con el de los origenistas, al cual ha servido de fuente y fundamento. Según el priscilianismo, el diablo es el creador de la materia y el principio del mal. El alma es de naturaleza divina, ha existido antes que el cuerpo y en castigo de pecados precedentes ha sido encerrada en éste. Estos *errores*, típicos productos de aquel tiempo, han desempeñado la *importante función* de ofrecer a la Iglesia la ocasión de oponerse a la desvalorización de la materia y, sobre todo, del cuerpo humano, y de acentuar que *todo lo que existe es bueno*, por haber sido creado por Dios. De este modo, todas las formas del dualismo ontológico fueron condenadas, siendo consideradas como anticristianas, como opuestas a la doctrina de Cristo. He aquí las fórmulas más importantes del citado sínodo: "Que sea anatematizado el que afirma que las almas humanas y los ángeles tienen substancia divina, como lo enseña la doctrina de los maniqueos y de los priscilianistas... Que sea anatematizado el que afirma que el diablo en el principio no fué un ángel bueno creado por Dios y que según su naturaleza no es una obra de Dios, enseñando que el diablo ha surgido de las tinieblas y que no tiene creador, sino que es el principio y la substancia del mal, como lo enseñan las doctrinas de los maniqueos y de los priscilianistas... Que sea anatematizado el que cree que el diablo ha creado en el mundo algunas criaturas y que por su propio poder es causa del trueno y de la sequía, como lo enseña Prisciliano... Que sea anatematizado el que afirma que la formación del cuerpo humano es una obra del diablo y que la concepción en el seno maternal se realiza mediante el arte de espíritus malignos, y el que, de acuerdo con ello, no cree en la resurrección de la carne, como lo enseñan las doctrinas de los maniqueos y de los priscilianistas... Que sea ana-

tematizado el que afirma que la creación de toda la carne no es obra de Dios, sino de los ángeles malos, como lo demuestra la doctrina priscilianista... (D. 235, 237 y sigs., 242 y sigs.; NR. 164-166, 168 y sigs.)

En la Edad Media, los *albigenses*, a partir del año 1180, renovaron el antiguo error maniqueísta, volviendo a aparecer de este modo el paganismo, que había seguido subsistiendo larvadamente. El símbolo de la fe del Papa Inocencio III, del año 1208, condenó la doctrina que enseña que la materia es mala y ha sido creada de la nada por Satanás, de modo que Cristo no ha tenido un cuerpo material verdadero, sino sólo un cuerpo aparente, y que el hombre debe abstenerse de la materia. La condenación recayó también sobre doctrinas parecidas de los cátaros y valdenses, los cuales, en su lucha contra el poderío externo y la secularización de la Iglesia, llegaron a rechazar heréticamente todo lo corporal y material. Contra estas doctrinas, la "professio fidei" impuesta por el Papa Inocencio III a todos los que querían ser admitidos en la Iglesia, afirma, entre otras cosas: "Creemos sinceramente y confesamos con la boca que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son el único Dios, creador, formador, director y gobernador de todas las cosas corporales y espirituales, visibles e invisibles. Nosotros creemos que el Antiguo y Nuevo Testamento tienen un sólo y único autor: Dios, que ha creado todo de la nada sin abandonar su vida trinitaria" (D. 421; NR. 170).

c) *El cuarto Concilio Lateranense* contrapuso la verdad revelada a la opinión representada por los albigenses y valdenses, según cuyas doctrinas existe junto al Dios de la luz un Dios de las tinieblas, siendo éste la causa del reino de la materia y del mal: "Dios es el único origen del Universo, el creador de lo visible e invisible, de todo el ser corporal y espiritual. Mediante su fuerza omnipotente ha creado de la nada a la vez, en el principio del tiempo, los dos reinos de la creación, el espiritual y el corporal, el mundo angélico, el mundo terreno y luego el mundo humano los cuales constituyen una especie de unidad entre el espíritu y la materia" (D. 428; NR. 171). Lo mismo enseña el Concilio de Lyon (D. 461).

El Concilio de Florencia declara lo siguiente en el Decreto para los jacobitas (Bula *Cantate Domino*, 2 de febrero de 1442; D. 706; NR. 177): "La Iglesia cree, confiesa y anuncia firmemente que el verdadero Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es el creador de todo lo visible e invisible. Cuando plugo a su voluntad creó él todas las criaturas, tanto las espirituales como las corporales. Las criaturas son buenas por haber sido creadas por la suprema bondad, pero son mutables por haber sido creadas de la nada. La Iglesia enseña que lo malo no posee naturaleza, puesto que toda naturaleza, en cuanto que es naturaleza, es buena."

d) La última y definitiva manifestación de la Iglesia tuvo lu-

gar en el *Concilio Vaticano*, en la sesión tercera (1870). En oposición al materialismo y panteísmo del siglo XIX, declara el Concilio lo siguiente: "El Dios único y verdadero creó en virtud de su bondad y con fuerza infinita por un decreto de su libre voluntad, el principio del tiempo, de la nada, y del mismo modo los dos reinos de la creación, el espiritual y el corporal, es decir, el mundo de los ángeles y el mundo terreno, y luego el mundo del hombre, el cual, en cierto modo, comprende los dos, puesto que se compone de espíritu y materia no para acrecentar su felicidad ni para adquirir perfección, sino para manifestar a su perfección mediante los bienes que comunica a las criaturas" (D. 1783; NR. 191). En los cánones se define lo siguiente: "Que sea anatematizado el que niega el Dios único y verdadero, creador y señor de las cosas visibles e invisibles. Que sea anatematizado el que no se avergüenza de afirmar que no existe nada fuera de la materia. Que sea anatematizado el que crea sea única e idéntica la substancia o esencia de Dios y de todas las cosas. Que sea anatematizado el que afirma que tanto las cosas finitas corporales como las espirituales, o por lo menos las espirituales, han emanado de la substancia divina, o que la esencia divina se convierta mediante su manifestación o evolución en realidad de todas las cosas, o, finalmente: que Dios es lo general o indeterminado, lo cual, mediante la determinación de sí mismo, constituye y funda el conjunto de todas las cosas, según las especies, géneros e individuos. Que sea anatematizado el que no confiesa que el mundo y todas las cosas, según toda su substancia, han sido creadas por Dios de la nada, o el que afirma que Dios no ha creado con la voluntad libre y sin necesidad alguna, sino con la misma necesidad con que se ama a sí mismo necesariamente, o el que niega que el mundo haya sido creado para la glorificación de Dios" (D. 1801, NR. 193-97).

2. *La Sagrada Escritura* no nos ofrece una doctrina abstracta-teórica sobre el origen del mundo, sino que atestigua en forma clara que todo lo que existe viene de Dios y es mantenido por El en la existencia. El mundo no ha existido siempre y no le ha lanzado a la existencia un destino oscuro. El Dios Todopoderoso es el origen del mundo.

a) El AT nos dice que el mundo viene de Dios, no con el fin primario de enseñarnos algo sobre el mundo, sino para revelarnos cómo y qué es Dios. Cuando los escritores sagrados del AT afirman

que el mundo es una criatura de Dios, persiguen una doble *finalidad*: demostrar la superioridad del Dios vivo con respecto a los dioses paganos y poner de manifiesto los fundamentos de la actividad histórica divina.

Para la exacta comprensión de este estado de cosas conviene tener en cuenta lo siguiente. Cuando Moisés recibió de Dios el encargo de sacar a su pueblo de la esclavitud egipcia para llevarlo a través del desierto hasta el Canaán prometido, tanto Moisés como el pueblo que él había de guiar necesitaban una fe y confianza ciega en el Dios que rige los destinos históricos, para superar los obstáculos con que habían de tropezar durante los años de la larga travesía. De continuo podía surgir esta pregunta: ¿Quién es este Dios que tan decisivamente interviene en nuestra vida? ¿Podemos confiar en él? La pregunta era tanto más ineludible cuanto que el pueblo elegido fué atacado y vencido por pueblos vecinos. Dadas las ideas religiosas de aquellos tiempos, podía surgir la creencia de que el Dios de esos pueblos era más fuerte que el Dios de las tribus de Israel. Frente al aparente poderío de los dioses extraños y la aparente debilidad del Dios propio, era preciso hacer revivir y confirmar la confianza en el Dios propio.

En este sentido, el *primer libro de Moisés*, el *Génesis*, da testimonio no sólo de que Dios no es más débil que los dioses extraños, sino también de que es superior a todos ellos (¡Elohim!), de que es el Señor de los cielos y la tierra por haber creado los cielos y la tierra. Los dioses son pura nada (*Is.* 44, 24). Dios, al contrario, ha creado el universo y los primeros hombres, dando de este modo comienzo a la historia, la cual, bajo su dirección, se encuentra en la fase a que han llegado las tribus de Israel liberadas de la esclavitud egipcia. El Dios en quien Israel ha puesto su confianza al comenzar la peregrinación por el desierto es el creador de los primeros hombres, el que eligió a Abraham y dirigió a los patriarcas Isaac y Jacob, el fiel y todopoderoso Señor (Yavé). Ante él, los otros dioses son hechuras del hombre. De este modo, el testimonio del AT sobre la actividad creadora de Dios se convierte en revelación del propio Dios, de su fundamento en el acto creador y de su incremento mediante la actividad histórica. La creación aparece como un elemento, como el comienzo de la Historia. Esta misma encierra en sí un sector externo y otro interno. El primero abarca la Historia general humana; el segundo es la Historia de la Salvación tal como se realiza dentro de la Historia general. El testimonio relativo a la actividad creadora de Dios no es sólo co-

municación de una verdad, sino también, y al mismo tiempo, un instrumento del señorío de Dios. En efecto, es una llamada dirigida a los hombres para que no busquen la salvación en sus propias fuerzas y en el ingenio propio, reconociendo sin ilusiones su limitación, y al mismo tiempo les advierte que no deben servir a los dioses extraños con un culto seductor y sensual, sino que sin reserva alguna deben entregarse confiadamente a la dirección del verdadero Dios.

aa) He aquí el tenor del primer testimonio sobre el Espíritu creador (*Gen.* 1, 1-31, 2, 1-3): "Al principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba confusa y vacía, y las tinieblas cubrían la haz del abismo, pero el espíritu de Dios estaba incubando sobre la superficie de las aguas. Dijo Dios: Haya luz; y hubo luz. Y vió Dios ser buena la luz, y la separó de las tinieblas; y a la luz llamó día, y a las tinieblas noche, y hubo tarde y mañana, día primero. Dijo luego Dios: Haya firmamento en medio de las aguas, que separe unas de otras; y así fué. E hizo Dios el firmamento, separando aguas de aguas, las que estaban debajo del firmamento de las que estaban sobre el firmamento. Y así fué. Llamó Dios al firmamento cielo, y hubo tarde y mañana, segundo día. Dijo luego: Júntense en un lugar las aguas de debajo de los cielos y aparezca lo seco. Así se hizo; y a lo seco llamó Dios tierra, y a la reunión de las aguas, mares. Y vió Dios ser bueno. Dijo luego: Produzca la tierra brotes de hierba con semilla, y árboles frutales cada uno con su fruto, según su especie y con su simiente, sobre la tierra. Y produjo la tierra brotes de hierba verde, cada uno con su semilla, y árboles de fruto con su semilla cada uno. Vió Dios ser bueno; y hubo tarde y mañana, día tercero. Dijo luego Dios: Haya en el firmamento de los cielos lumbreras para separar el día de la noche y servir de señales a estaciones, días y años; y luzcan en el firmamento de los cielos, para alumbrar la tierra. Y así fué. Hizo Dios los dos grandes luminares, el mayor para presidir al día, y el menor para presidir a la noche, y las estrellas; y los puso en el firmamento de los cielos para alumbrar la tierra y presidir al día y a la noche, y separar la luz de las tinieblas. Y vió Dios ser bueno, y hubo tarde y mañana, día cuarto. Dijo luego Dios: Hiervan de animales las aguas, y vuelen sobre la tierra aves bajo el firmamento de los cielos. Y creó Dios los grandes monstruos del agua y todos los animales que bullen en ella, según su especie, y todas las aves aladas, según su especie. Y vió Dios ser bueno, y los bendijo, diciendo: Creced y multiplicaos y henchid las aguas del mar, y multiplíquense sobre la tierra las aves. Y hubo tarde y mañana, día quinto. Dijo luego Dios: Brote la tierra seres animados según su especie, ganados, reptiles y bestias de la tierra según su especie. Y así fué. Hizo Dios todas las bestias de la tierra según su especie, los ganados según su especie y todos los reptiles de la tierra según su especie. Y vió Dios ser bueno. Díjose entonces Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre los ganados y sobre las bestias de la tierra y sobre cuantos animales se mueven sobre ella. E hizo Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo hizo, y los hizo macho y hembra; y los bendijo Dios, diciéndoles:

Creced y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y mueve sobre la tierra. Dijo también Dios: Ahí os doy cuantas hierbas de semilla hay sobre la haz de la tierra toda, y cuantos árboles producen fruto de simiente, para que todos os sirvan de alimento. También a todos los animales de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todos los vivientes que sobre la tierra están y se mueven, les doy para comida cuanto de verde hierba la tierra produce. Y así fué. Y vió Dios ser bueno cuanto había hecho, y hubo tarde y mañana, día sexto. Así fueron acabados los cielos y la tierra y todo su cortejo. Y rematada en el día sexto toda la obra que había hecho, descansó Dios el séptimo día de cuanto hiciera; y bendijo al día séptimo y lo santificó, porque en él descansó Dios de cuanto había hecho y obrado."

Este texto no contiene elemento alguno de las cosmogonías y teogonías paganas y se diferencia esencialmente de todas las demás narraciones relativas a la creación que tienen una marcada orientación mitológica. En él, toda la realidad se deriva de Dios, cielo y tierra, plantas y animales, agua y tierra, luz y tinieblas, pájaros y peces, el sol, la luna y las estrellas. El escritor sagrado se refiere al nombrarlos al universo entero, representado por los seres que se hallan en el sector de sus experiencias. En realidad, son una parte constitutiva esencial del universo entero. En ellos se manifiesta de tal modo el poder de Dios, que muchos pueblos han considerado como realidad divina las cosas destacadas por el hagiógrafo. En oposición a la divinización del mundo, el libro de Moisés afirma que aun los más imponentes fenómenos naturales, tales como el sol y las estrellas, no son dioses, sino criaturas del verdadero Dios. Dios es más poderoso que el poderoso sol y más grandioso que el terrible mar. Pues El es el que ha creado todas estas cosas, con voluntad soberana, sin dificultad ni esfuerzo alguno.

Cuando el escritor sagrado habla del "cielo y la tierra", se refiere con ello al universo entero ("Cielo" en otros pasajes de las Escrituras designa un "lugar" esencialmente distinto del mundo, reservado exclusivamente para Dios, a veces hasta significa el modo de ser de Dios en cuanto que es esencialmente distinto de lo creado; véase § 41 y la doctrina sobre el cielo.)

bb) El profeta Elías se encuentra en un momento decisivo de la Historia de la salvación en el AT. El reino del Norte se hallaba gravemente amenazado por el culto de Baal de Siria y Damasco, estados vecinos. Los altares del Dios de la Alianza empiezan a desmoronarse, las procesiones del dios extranjero con su culto de la fertilidad eran más solemnes que las del Dios verdadero. El rey Ajab "tomó por mujer a Jezabel, hija de Etbal, rey de Sidón, y se fué tras Baal, le sirvió y se prosternó ante él. Alzó a Baal un altar en la casa de Baal, que edificó en Samaria. Hízose

además una osera, haciendo más que cuantos reyes le precedieron para provocar la ira de Yavé, Dios de Israel" (*I Reg.* 16, 31-33). En aquel tiempo alzó su voz el profeta Elías, llamado por Dios, y anunció el castigo de Dios (*I Reg.* 17, 1): "Vive Yavé, Dios de Israel a quien sirvo, que no habrá estos años ni rocío ni lluvia sino por mi palabra." Al tercer año de la sequía, Yavé dirigió la palabra a Elías, diciéndole que iba a hacer caer la lluvia sobre la haz de la tierra. Elías se presentó entonces ante el rey Ajab, el cual convocó a todos los hijos de Israel. "Y acercándose Elías a todo el pueblo le dijo: ¿Hasta cuándo habéis de estar vosotros claudicando de un lado y de otro? Si Yavé es Dios, seguidle a él; y si lo es Baal, id tras él. El pueblo no respondió nada. Volvió a decir Elías al pueblo: Sólo quedo yo de los profetas de Yavé, mientras que hay cuatrocientos cincuenta profetas de Baal. Que traigan bueyes para que escojan ellos uno, lo corten en pedazos y lo pongan sobre la leña, pero sin poner fuego debajo; y yo prepararé otro sobre la leña, sin poner fuego debajo. Después invocad vosotros el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de Yavé. El Dios que responda con el fuego, ése sea Dios; y todo el pueblo respondió: Está muy bien. Entonces dijo Elías a los profetas de Baal: Escoged el buey y haced vosotros primero, pues que sois los más, e invocad el nombre de vuestro dios, pero sin poner fuego debajo. Tomaron ellos el buey que les entregaron, aprestáronlo, y estuvieron invocando el nombre de Baal desde la mañana hasta el mediodía, diciendo: Baal, respóndenos. Pero no había voz, ni quien respondiese, mientras estaban ellos saltando en torno del altar que habían hecho... Pasado el mediodía, siguieron enfurecidos hasta la hora en que suele hacerse la ofrenda de la tarde; pero no hubo voz ni quien escuchase ni respondiese. Entonces dijo Elías a todo el pueblo: Acercaos. Y todo el pueblo se acercó a él. Preparó el altar de Yavé, que estaba en ruinas; y tomando Elías doce piedras, según el número de las tribus de los hijos de Jacob, a quienes había dicho Yavé: Israel será tu nombre, alzó con ellas un altar al nombre de Yavé. Hizo en derredor una zanja tan grande como la superficie en que se siembran dos atos de simiente; compuso la leña, cortó el buey en pedazos y púsolo sobre la leña... Cuando llegó la hora de ofrecerse el holocausto. Llegóse el profeta Elías y dijo: Yavé, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel: que se sepa hoy que tú eres Dios de Israel y que yo soy tu siervo, que todo esto hago por mandato tuyo. Respóndeme, Yavé; respóndeme, para que todo este pueblo conozca que tú, ¡oh Yavé!, eres Dios y que tú conviertes a ti su corazón. Bajó entonces fuego de Yavé, que consumió el holocausto y la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió las aguas que había en la zanja. Viendo esto el pueblo, cayeron todos sobre los rostros y dijeron: Yavé es Dios, Yavé es Dios... Entonces dijo Elías a Ajab: Sube a comer y beber, porque ya suena gran ruido de lluvia. Y subió Ajab a comer y a beber. Elías subió a la cumbre del Carmelo y se postró en tierra, poniendo el rostro entre las rodillas; y dijo a su siervo: Sube y mira hacia el mar. Subió él, miró y dijo: No se ve nada. Elías le dijo: Vuelve a hacerlo siete veces. Y a la séptima vez dijo el siervo: Veo una nubecilla, como la palma de la mano de un hombre, que sube del mar. El le dijo: Ve y dile a Ajab: Unce y baja, no te impida luego la lluvia. Y en esto se cubrió el cielo de nubes, sopló el viento y cayó gran lluvia. Subió Ajab y vino a Jezrael. Fué sobre Elías la mano de Yavé, que ciñó sus lomos, y vino corriendo a Jezrael delante de Ajab" (18, 20-46).

En este texto Dios mismo manifiesta que él es el *señor de la naturaleza*.

cc) La misma doctrina encontramos en el testimonio de *los profetas hagiógrafos*. A los profetas les ha sido encomendada la misión de conducir al pueblo de Israel hacia el Dios vivo, apartándolo de los caminos falsos y malos. Para cumplir esta misión tenían que quebrantar la confianza en los dioses extraños, anunciando al mismo tiempo la superioridad del Dios verdadero. Hacia el año 760 aparece el profeta Amós, que venía del reino del Sur. He aquí lo que dice al pueblo del reino del Norte, obcecado por el culto sensual de Baal y Astarte (*Am.* 5, 8): “El hizo las Pléyades y el Oriós. El tornó las tinieblas en aurora y del día hace noche oscura; llama a las aguas del mar y las derrama sobre la haz de la tierra. Yavé es su nombre.” Mientras que los falsos dioses están sujetos a las fuerzas del fluir de las cosas, el Dios de Israel está por encima de las estrellas, no depende del ritmo formado por la sucesión del día y la noche, no son sus límites ni el mar ni la tierra. Su poder es ilimitado. No termina con las fronteras de la tierra, se extiende hasta el cielo y baja hasta las profundidades de la tierra. Todo lo que es, tiene que obedecerle. En verdad, él es “el que formó los montes y creó los vientos y pone al desnudo ante el hombre los pensamientos de éste; el que del alba hace tinieblas y marcha por las alturas de la tierra; Yavé, Dios Sabaoth, es su nombre” (*Am.* 4, 13). “El Señor, Yavé Sebaot, toca la tierra y ésta se funde, y lloran todos sus habitantes; la levanta toda entera como el Nilo, y la abaja como el río de Egipto. El edificó en los cielos su morada y la fundó sobre la bóveda de la tierra. El llama a las aguas del mar y las derrama sobre la haz de la tierra; su nombre es Yavé” (*Am.* 9, 5 y sigs.). ¿Qué son en comparación los impotentes dioses? “Oíd, casa de Israel, lo que os dice Yavé: Así dice Yavé: No os acostumbréis a los caminos de las gentes; no temáis de los meteoros celestes que a ellos les producen terror; pues el culto de esos pueblos es el culto a la nada, leños cortados en el bosque, labrados luego por el buril por mano del escultor. Se decoran con plata y oro y se sujetan a martillazos con clavos, para que no se caigan. Son como espantajos en melonar, y no hablan; hay que llevarlos porque ellos no andan; no les tengáis miedo, pues no pueden haceros mal ni bien. No hay semejante a ti, ¡oh Yavé! Tú eres grande y grande y poderoso es tu nombre. ¿Quién no te temerá, rey de los pueblos? Pues a ti se debe el temor, y no hay entre todos los sabios de las gentes, y en todos sus reinos, nadie como tú. Todos a una no son sino suma necedad y estupidez; su entendimiento, pura nada; no son más que un madero; plata laminada venida de Tarsis, oro de Ofir, obra de escultor y de orfebre vestida de púrpura y jacinto, todo es obra de artífices. Pero Yavé es verdadero Dios, y el Dios vivo y rey eterno. Si El se aíra, tiembla la tierra, y todos los pueblos son impotentes ante su cólera. Así, pues, habéis de decirles: Desaparezcan de la tierra y de debajo de los cielos los dioses que no han hecho ni los cielos ni la tierra. El, con su poder, ha hecho la tierra, con su sabiduría cimentó el orbe, y con su inteligencia tendió los cielos. A su voz se congregan las aguas en el cielo, El hace subir las nubes desde los confines de la tierra, hace brillar el rayo entre la lluvia, y saca los vientos de sus escondrijos. Embruteciósese el hombre sin conocimiento; los orifices

se cubrieron de ignominia haciendo sus ídolos, pues no funden sino vanidades, que no tienen vida, nada, obra ridícula. El día de la cuenta perecerán. No es ésta la herencia de Jacob, que El es el Hacedor de todo, e Israel en su propia tribu; su nombre es Yavé Sebaot" (*Jer.* 10, 1-16).

En la segunda parte de Isaías, en el llamado Deutero-Isaías, Dios promete al pueblo oprimido la libertad y la vuelta a la patria. El mismo se compromete a hacerlo por medio de sus potentados terrenos: "¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano, y a palmo los cielos, y al tercio de efa el polvo de la tierra, pesó en la romana las montañas y en la balanza los collados? ¿Quién ha sondeado el espíritu de Yavé, quién fué su consejero y le instruyó? ¿Con quién deliberó él para recibir instrucciones y que le enseñase el camino de la justicia? ¿Quién le enseñó la sabiduría y le dió a conocer el camino del entendimiento? Son las naciones como gota de agua en el caldero, como grano de un polvo en la balanza. Las islas pesan lo que el polvillo que se lleva el viento. El Líbano no basta para leña, ni sus animales para el holocausto. Todos los pueblos son delante de El como nada, son ante El nada y vanidad. ¿A quién, pues, compararéis vuestro Dios, qué imagen haréis que se le semeje? El ídolo es fundido por el fundidor, el orfebre le reviste de oro y le adorna con cadenillas de plata. Para hacer a la imagen una peana toman madera incorruptible y buscan un buen obrero que fije el ídolo para que no se caiga. ¿No lo sabéis? ¿No os lo habéis aprendido? ¿No os lo han dicho desde el principio? ¿No lo habéis visto desde que se fundó la tierra? Está El sentado sobre el orbe de la tierra, cuyos habitantes son ante El como langostas. El tiende los cielos como un toldo, los despliega como una tienda de morada. El tornó en nada a los poderosos, y en vanidad a los jueces de la tierra. Apenas plantados, apenas sembrados, apenas han echado sus troncos raíces en la tierra, sopla sobre ellos, se secan, y como pajuela los arrastra el huracán. ¿A quién, pues, que me iguale, me asemejaréis?, dice el Santo. Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad: ¿Quién los creó? El que hace marchar su bien contado ejército, y a cada uno llama por su nombre, y ninguno falta, tal es su inmenso poder y su gran fuerza. ¿Cómo dices tú, Jacob, cómo murmuras tú, Israel: Yavé no ve lo que sucede, Yavé no se da cuenta de la justicia de mi causa? ¿No sabes tú, no has aprendido que Yavé es Dios eterno, que creó los confines de la tierra, que ni se fatiga ni se cansa y que su sabiduría no hay quien la alcance? El da vigor al fatigado, y multiplica las fuerzas del débil, se cansan los jóvenes, se fatigan, y los guerreros llegan a flaquear; pero los que confían en Yavé renuevan sus fuerzas, y echan alas como de águila, y vuelan velozmente sin cansarse, y corren sin fatigarse" (*Is.* 40, 12-31). (Véase el comentario de E. Kalt, 1938) "¡Inmenso es el Océano! Pero Dios tiene sus aguas en él. Inconmensurable es la amplitud del firmamento; Dios, no obstante, la abarca con un palmo. La arena de la tierra, de los mares y del desierto la mide con la tercera parte de una "efa", es decir, con la medida de capacidad llamada "sea"... Dios es todopoderoso, sólo del Señor se puede esperar la Salud..." (*Is.* 45, 14-25). "Así habla Yavé: Los trabajadores de Egipto, los traficantes de Cus, los sabeos de elevada estatura, pasarán a ti, y serán tuyos, y te seguirán, y te servirán esposados, encorvados y suplicantes te dirán: Sólo tú tienes un Dios, no hay ningún otro, los dioses no existen ya. Es verdad que tienes contigo un Dios escondido, el Dios de Israel, salvador. Todos los hacedores de ídolos

están cubiertos de confusión y de ignominia, vense todos juntos llenos de vergüenza. Israel es salvado por Yavé con salvación eterna, ni vergüenza ni confusión por los siglos para él. Así habla Yavé, el que creó los cielos, el Dios que formó la tierra, la hizo y la afirmó. No la creó en vano, la formó para que fuese habitada. Soy yo, Yavé, y ningún otro. No he hablado yo en secreto, en un oscuro rincón de la tierra. No he dicho a la progenie de Jacob: Buscadme en vano. Soy yo, Yavé, cuya palabra es verdadera y cuya predicción es segura. Reuníos, venid, acercaos juntamente, los sobrevivientes de las naciones. No tienen entendimiento los que llevan un ídolo de madera y ruegan a un dios incapaz de salvar. Hablad, exponed, consultaos unos a otros: ¿Quién predijo estas cosas desde mucho ha, mucho tiempo antes las anunció? ¿No soy yo, Yavé, el único, y nadie más que yo? No hay Dios justo y salvador fuera de Mí; volved a Mí y seréis salvos, confines todos de la tierra. Porque yo soy Dios y no hay otro; por mí lo juro, sale la verdad de mi boca y es irrevocable mi palabra. Doblárase ante Mí toda rodilla, y por Mí jurará toda lengua. De mí dirán: Ciertamente sólo en Yavé hay justicia y fuerza. A El vendrán cubiertos de ignominia todos cuantos se agitaron contra El. En Yavé será justificada y glorificada toda la progenie de Israel." Lo mismo leemos en *Bar* 6, 60 y sigs.

De modo impresionante describen *Miqueas* y *Habacuc* el dominio de Dios sobre la criatura y la incondicional obediencia de ésta (*Hab.* 3, 3-19): "Llega Dios de Temán y el Santo del monte Faran. Su majestad cubre los cielos, y la tierra se llena de su gloria. Su resplandor es como la luz, de su manos salen rayos con que vela su poder. Delante de El va la mortandad y a su zaga el azote. Si se detiene hace temblar la tierra, y si mira, conmueve las naciones. Los montes eternos se resquebrajan, se abajan los collados, sus antiguos caminos. Llenas de terror veo las tiendas de Cusan, tiemblan los campamentos de Median. ¿Acaso, Yavé, se enciende tu ira contra los ríos, o es contra los mares tu furor, cuando subes sobre tus caballos, sobre tus carros de victoria? Pones al desnudo tu arco, llenas de saetas tu aljaba, y hiendes con torrentes la tierra. A tu vista tiemblan las montañas, irrumpen diluvios de aguas, alza su voz el abismo del mar. Olvídase el sol de su levante, y la luna se queda en su morada ante el brillo de tus saetas voladoras, ante el resplandor de tu lanza fulgurante. En tu ira huellas la tierra, en tu furor trillas los pueblos. Sales a campaña para salvar a tu pueblo, para libertar a tus ungidos. Abates la cúspide de la casa del impío desnudando sus cimientos hasta la roca. Atraviesas con tu lanza la cabeza de sus guerreros, que irrumpen para desbaratarme, exultan como quien devora al desvalido en secreto. Sumerges en el mar sus caballos, en el hervidero de las grandes aguas. Y lo oí, y se estremecieron mis entrañas; al estruendo me faltó la palabra. Se reblandecieron mis huesos y mis pasos se hicieron vacilantes. Tranquilo espero el día de la aflicción, que vendrá sobre el pueblo que nos oprime. Que no dé sus yemas la higuera, que no dé sus frutos la vid, que falte la cosecha del olivo y no den mantenimiento los campos; que desaparezcan del redil las ovejas, no haya bueyes en los establos: yo siempre me alegraré en Yavé y me gozaré en el Dios de mi salvación. Yavé, mi Señor, es mi fortaleza, que me da pies como de ciervo y me hace correr por las alturas." *Miq.* 1, 2-4: "¡Escuchad, pueblos todos! ¡Atiende tú, oh tierra, con todo cuanto en ella se contiene! Que el Se-

ñor, Yavé, va a litigar con vosotros; el Señor, desde su santo templo. Pues ved que Yavé va a salir de su morada, va a descender y a hollar las cumbres de la tierra y a su paso se fundirán los montes y se derretirán los valles como al fuego se derrite la cera, como aguas que se precipitan por un despeñadero."

dd) Los *Salmos* ensalzan del mismo modo al Creador. *Ps.* 104 [103], 2-26: "Revestido de luz como de un manto. Como una tienda tendió los cielos. Alza su morada sobre las aguas. Hace de las nubes su carro, y vuela sobre las plumas de los vientos. Tiene por mensajeros a los vientos, y por ministros llamas de fuego. El fundó la tierra sobre sus bases, para que nunca después vacilara. La cubriste de los mares como de vestido, y las aguas cubrieron los montes. A tu increpación huyeron, al sonido de tu voz se precipitaron. Y se alzaron los montes y se abajaron los valles hasta el lugar que les había señalado. Pusísteles un límite que no traspasarán, no volverán a cubrir la tierra. Hace brotar en los valles los manantiales, que corren luego entre los montes. Allí beben todos los animales del campo, allí matan su sed los asnos salvajes. Allí cerca se posan las aves del cielo, que cantan en la fronda. De sus moradas manda las aguas sobre los montes, y del fruto de sus obras se sacia la tierra. Hace nacer la hierba para los animales, y el heno para el servicio del hombre, para sacar de la tierra el pan. Y el vino que alegra el corazón del hombre, y el aceite que hace lucir su rostro, y el pan que sustenta la vida del hombre. Sacia también a los altos árboles, a los cedros del Líbano que plantó. En los cuales anidan las aves; y los cipreses, domicilio de la cigüeña. Los altos montes para las gamuzas, las peñas para madrigueras del damán. Hizo la luna para medir los tiempos, y que el sol su ocaso conociese. Tú tiendes las tinieblas y se hace noche, y en ella correatan todas las bestias salvajes. Rugen los leoncillos por la presa, pidiendo así a Dios alimento. Sale el sol, y todos se retiran, y se acurrucan en sus cuevas. Sale el hombre a sus labores, a sus haciendas, hasta la tarde. ¡Cuántas son tus obras, oh Yavé, y cuán sabiamente ordenadas! Está llena la tierra de tus beneficios. Este es el mar, grande, inmenso; allí, reptiles sin número, animales pequeños y grandes. Allí, las naves se pasean, y ese Leviatán que hiciste porque allí retozase." *Ps.* 135 [134], 5-7: "Ciertamente sé que Yavé es grande, que nuestro Señor está por encima de todos los dioses. Yavé hace cuanto quiere en los cielos, en la tierra, en el mar y en todos los abismos. El trae las nubes desde los confines de la tierra. El hace los relámpagos para lluvia, saca el viento de sus escondrijos." Véase *Ps.* 19 [18], 1-7; *Ps.* 33 [32], 6 y sig. El salmista confía en Dios, que ha creado el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. Contra Dios nadie puede nada: *Ps.* 146 [145], 6.

ee) En los tiempos que suceden a Alejandro Magno, los fieles del AT entran en contacto con el sincretismo religioso del helenismo. El autor del *Libro de la Sabiduría* y el del *Eclesiástico* les previenen contra el panteísmo y ateísmo helénicos. El texto del *Libro de la Sabiduría* puede verse en el § 30. El *Eclesiástico* escribe lo siguiente (42, 15-43, 33): "Por la palabra del Señor existe todo, todo cumple su voluntad según su ordenación. El sol sale y lo alumbra todo, y la gloria del Señor se refleja en todas sus obras. No pueden los santos enumerar suficientemente ni contar todas sus maravillas. El Señor fortaleció a todos sus ejércitos, para

asistir delante de su gloria. Investiga el abismo y el corazón del hombre, y penetra todas sus reconditeces. Conoce lo pasado y lo venidero, aun lo más oculto. No hay pensamiento que se le escape, ni palabra oculta para El. El ordenó la grandeza de su sabiduría, es uno y el mismo desde la eternidad; nada tuvo que añadir ni quitar, y no necesitó consejo de nadie. ¡Cuán deleitables son todas sus obras! Y eso que es sólo como una chispa lo que de ellas podemos conocer. Todo vive y permanece para siempre, y en todo momento le obedece. Diferentes todas las cosas unas de otras, y no hay nada inútil. Uno contribuye al bien del otro, ¿quién se saciará de admirar su belleza? Magnífico es en las alturas del firmamento, y es bellissimo el aspecto de los cielos. Sale el sol e irradia su calor, criatura admirable, obra del Altísimo. Al mediodía abrasa la tierra, ¿y quién puede resistir sus ardores? Necesita el artesano soplar el horno para las obras que requieren fuego, pero tres veces más abrasa el sol los montes. Sus rayos abrasan el orbe, los resplandores deslumbran los ojos. Grande es el Señor, que le hizo; por su virtud acelera él su carrera. También la luna brilla siempre a sus tiempos, para señalar perpetuamente su sucesión. Por la luna conocemos los días de fiesta, y mengua cuando ha llegado a su plenitud. En la luna nueva, según su nombre, se renueva, y en esos varios cambios crece maravillosamente. Es prenda escogida de los ejércitos de las alturas, al resplandecer en el firmamento de los cielos. Hermosura del cielo es el resplandor de las estrellas, brillante adorno de las alturas del Señor. Por la palabra del Santo guardan su ordenanza, y no se cansan de hacer la centinela. Pon la vista en el arco iris y bendice al que lo hizo. ¡Qué hermoso es por su esplendor! Con su círculo luminoso abarca el cielo, le tendieron las manos del Altísimo. El poder de Dios dirige el rayo y hace volar sus saetas justicieras. Para este fin abre el almacén de sus tesoros y hace volar como aves las nubes. Con su poder las condensa y desmenuza las pedrezuelas del granizo. A la voz de su trueno retiembla la tierra. Se estremecen los montes. A su voz sopla el viento solano, el aquilón y el torbellino. Como turbiones de aves hace volar la nieve, que se posa en la tierra como la langosta. Y con su blancura deslumbra los ojos, y de verla caer el corazón se extasia. Derrama como sal la escarcha, que se endurece como puntas de espino. Hace soplar el viento frío del Norte, y el agua se endurece y se convierte en cristal. Se forma en los estanques una costra, que los cubre como coraza. Devora los montes y abrasa el desierto, y como fuego quema todo verdor. Remedio pronto de estos males es una niebla, el rocío para empapar la tierra seca. Hizo que el mar se hundiera; según su decisión, depositó en el fondo los abismos y en medio de él las islas. Los que navegan por el mar cuentan de su inmensidad, y al oírlos nos pasmamos. Se ven allí obras de las más maravillosas y espantables, mil géneros de animales y monstruos marinos. El Señor da a los navegantes buen suceso, y por su palabra tiene éxito el viaje. Todo lo ordena su voluntad. Mucho más diría y no acabaría, y el resumen de nuestro discurso será: El lo es todo. Si quisiéramos dignamente alabarle, jamás llegaríamos, porque es mucho más grande que todas las obras. Es terrible el Señor, muy grande, y su poder sobre toda admiración. Cuando alabáis al Señor, alzad la voz cuanto podáis, que está muy por encima de vuestras alabanzas. Los que le ensalzáis, cobrad fuerzas, no os rindáis, que nunca llegaréis al cabo.

ff) La expresión “creación de la nada” aparece por primera vez en el segundo libro de los Macabeos (7, 28). Allí una madre amonesta a su pequeño hijo que no muestre miedo ante el verdugo y no tema la muerte, haciendo referencia al Dios que ha creado el cielo y la tierra de la nada. Nadie puede escaparse del alcance de su mano.

gg) Como quiera que el AT testifica que la creación del mundo es el comienzo de la Historia, sobre todo de la historia de la Salvación, la cual se realiza dentro de la historia universal, puede considerarse también como testimonio de la creación la referencia al *fin* del mundo, hacia el cual tiende la historia entera. Cuando llegue el día señalado, Dios convertirá el mundo que ha creado en un cielo nuevo y una tierra nueva. Habla de ello por primera vez Isaías (65, 17) y detalladamente, el *Apocalipsis* (21 y 22). Véase el tratado sobre los Novísimos.

b) El hecho de que Dios es creador y señor del mundo, en quien podemos confiar, es uno de los *elementos esenciales de la revelación neotestamentaria*. Los escritos del NT no tratan detalladamente de la creación. No necesitan tratar de ella, puesto que el NT presupone el AT y se funda en él. Todo lo que el NT afirma sobre la actividad creadora de Dios está inspirado por los mismos motivos que las correspondientes enseñanzas del AT. Los creyentes son incitados a confiar en el Dios omnipotente y Señor del universo entero.

Después que San Pedro y San Juan fueron puestos en libertad por el Sanedrín, al volver a reunirse con los suyos, todos levantaron unánimemente la voz orando de este modo (*Act.* 4, 23-30): “Señor, tú que hiciste el cielo y la tierra, y el mar, y cuanto en ellos hay; que por boca de nuestro padre David tu siervo dijiste: ¿Por qué braman las gentes y los pueblos meditan cosas vanas? Los reyes de la tierra han conspirado y los príncipes se han federado contra el Señor y contra su Cristo. En efecto, juntáronse en esta ciudad contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para ejecutar cuanto tu mano y tu consejo habían decretado de antemano que sucediese. Ahora, Señor, mira sus amenazas, y da a tus siervos hablar con toda libertad tu palabra, extendiendo tu mano para realizar curaciones, señales, prodigios por el nombre de tu santo siervo Jesús.” En esta oración se pone de manifiesto la creencia de que Dios domina sobre los corazones de los hombres y sobre la naturaleza, porque es el señor y creador del cielo y de la tierra, del mar y de todo cuanto hay en ellos (*Act.* 14, 15).

El imponente Angel que San Juan vió descender del cielo anunció que se habían de cumplir los designios de Dios en el plazo por El señalado, jurándolo en el nombre de Dios, que vive desde la eternidad, que ha creado la tierra y todo cuanto hay en ella, el cielo y cuanto hay en él, el mar y cuanto hay en él, a quien, por consiguiente, nadie puede oponerse, cuyos planes nadie puede hacer fracasar (*Apoc.* 10, 5-7).

Como quiera que Dios es el creador del cielo y de la tierra, éstos son su *propiedad*, El es su *señor* (*Mt.* 11, 25; *Lc.* 10, 21; *Act.* 17, 24; *Apoc.* 11, 4, 13). Por eso puede disponer de las cosas y de los hombres. Todo le obedece y está obligado a obedecerle (*Mt.* 6, 26; 11, 25). Su majestad y su superioridad se manifiestan en el hecho de que sus acciones no son una reacción frente al comportamiento humano. Hace salir el sol sobre los buenos y malos y manda que la lluvia caiga sobre justos e injustos (*Mt.* 5, 45). San Pablo acumula proposiciones para expresar adecuadamente el carácter absoluto del acto creador divino: "Porque a El y por El y para El son las cosas. A El la gloria por los siglos. Amén." (*Rom.* 11, 35-36).

Dios es creador y señor de las cosas y de los hombres, y es, por lo tanto, también su *juez* (*I Pet.* 4, 14-19): "Bienaventurados vosotros si por el nombre de Dios sois ultrajados, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, rebosa sobre vosotros. Que ninguno padezca por homicida, o por ladrón, o por malhechor, o por entremetido; mas si por cristiano padece, no se avergüence, antes glorifique a Dios en este nombre. Porque ha llegado el tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios. Pues si empieza por nosotros, ¿cuál será el fin de los que rehusan obedecer al Evangelio de Dios? Y si el justo a duras penas se salva, ¿qué será del impío y del pecador? Así, pues, los que padecen según la voluntad de Dios encomienden al Creador fiel sus almas por la práctica del bien."

No obstante, cuando el NT habla del mundo, del universo, lo considera, especialmente, no en cuanto que es creación de Dios, sino en cuanto que es el *escenario de la Historia de la Salvación*. San Pablo y San Juan describen el mundo para enseñarnos que la Creación se halla en un estado de desorden y está sometida al juicio de Dios, a causa del pecado original, habiendo aparecido en ella Cristo como Redentor. Cristo ha restablecido en el universo el reinado de Dios y conduce de nuevo al mundo hacia Dios. Los que creen en Cristo, los santos, la Iglesia, ya no pertenecen al mundo caído, sino al Reino de Dios. Y el día ha de llegar en el cual el

mundo manifestará la gloria de Dios bajo la forma de tierra nueva y nuevo cielo. Véanse los artículos “Ge” y “Kosmos”, por Sasse, en *Theologisches Wörterbuch zum NT* (edit. por Kittel), I 676-79, III 867-96.

3. La época de los Santos Padres; éstos mantienen íntegra la doctrina de la creación y la defienden contra los ataques de los gnósticos y maniqueos. Frecuentemente se constata la diferencia que media entre la actividad creadora de Dios y la del hombre.

San Efrén el Sirio (en el primer sermón sobre la fe, núm. 25; *BKV* I, 24 y sig.): “Si no comprendes las cosas visibles, ¿cómo quieres poder comprender las cosas invisibles? Tú no eres más que una mísera criatura, de El está llena la Creación entera. Tú sólo puedes estar en un lugar determinado, El es mayor que el espacio entero. ¿Dónde quieres buscarle, no estando encerrado en ningún sitio? Mira, en este diminuto espacio no puede revolotear tu entendimiento. ¡Investiga lo que hay de cielo abajo! ¡Ejercita tu ingenio observando las cosas visibles! ¡Habla de las fuentes, de estos tesoros abiertos e inagotables! ¿Han sido creados de la nada o han sido reunidos en alguna parte? Si provienen de algún sitio donde estaban almacenadas, entonces es bien pobre el creador, pues tiene que llenar sus tesoros con cosas que toma en otra parte. En realidad, el Creador no es pobre; pobre es el cavilador. Su voluntad es su tesorería; porque de la nada ha surgido todo... En su voluntad es grande el Creador; por que su voluntad es idéntica con su obrar. No está sometido a arte alguno que pudiese enseñarle cómo ha de obrar; el arte no puede enseñar a su creador el modo de crear. Ningún arte ordena a su voluntad cómo ha de crear. El artista es un esclavo sometido al yugo del arte; no trabaja según los dictados de su voluntad, sino que está sometido a las reglas del arte. El artista tiene que dudar, pues no puede trabajar como quisiera; ora quiere, ora no quiere. Como si fuese un ser inexperto, el arte le dirige. Al contrario, al Creador no le ayuda el arte, sino que El mismo ha creado el arte para que ayude al hombre. El arte capacita al artista para hacer algo de algo. Si sucediese lo mismo en el caso de Dios, entonces Dios sería semejante al hombre; aun cuando su arte fuese más perfecto que el del hombre, quedaría empequeñecido en lo que respecta su divinidad. Pero si Dios es realmente Dios, entonces su voluntad manda sobre todo. El hombre hace algo de algo, Dios crea de la nada.”

San Basilio (segunda homilía sobre la obra de los seis días, núm 2; *BKV* II, 26-28): “Esta (la materia), afirman ellos, es por naturaleza invisible y amorfa, carece de propiedades y no tiene, por consiguiente, ni forma ni figura. El artista tomó esta materia, la estructura según sabiduría y formó así de ella las cosas visibles. Pero si la materia no ha sido hay nada más impío que el atribuir a la amorfa e indeterminada materia, a la cima de la deformidad, al colmo de la fealdad—aquí me sirvo de sus propias expresiones—, el mismo puesto honorífico que al sabio, poderoso y absolutamente hermoso Creador del universo? Es luego la materia tan grande que puede abarcar todo el conocimiento de Dios, entonces ope-

nen en cierto modo su substancia al inescrutable poder de Dios, ya que de por sí puede medir la sabiduría entera de Dios. Y si la materia es demasiado insignificante para que Dios obre en ella, entonces sus palabras se convierten en una blasfemia más insensata todavía, puesto que a causa de la defectuosidad de la materia no permiten a Dios que obre y cree sus obras. Lo que sucede es que se han dejado engañar por la mezquindad de la naturaleza humana. Entre nosotros, cualquier arte necesita una materia; el herrero, por ejemplo, necesita hierro, y la ebanistería necesita madera. En estas obras de arte una cosa es la materia, otra cosa es la forma, y otra cosa es lo formado. La materia se toma de fuera, el arte introduce la forma en la materia, y el producto resultante se compone de materia y de forma. Del mismo modo creen poder explicar la creación divina: La forma del mundo provendrá de la sabiduría del Creador del universo, la materia le ha sido ofrecida desde fuera, y de este modo ha sido compuesto el mundo; de suerte que el substrato y substancia del mundo vendrá de donde quiera que sea, mientras que la figura y la forma las ha recibido de Dios. Por eso se comprende que nieguen que el gran Dios es el Señor de la aparición de las cosas, y una de sus afirmaciones según la cual Dios sólo ha puesto algo, de por sí no ha hecho mucho con respecto al origen de las cosas. Su insuficiencia mental les ha impedido elevarse hasta la altura de la verdad, a saber, que aquí las artes se han introducido después de las materias, para satisfacer las necesidades de la vida. Así ha existido primero la lana, siguiendo el arte de tejer, para satisfacer la necesidad de la naturaleza. También la madera existía ya y el arte de elaborarla vino después y formó la materia según las necesidades. Y ese arte nos ha enseñado la manera de emplear la madera, dando remos al navegante, al labrador la pala y al soldado la flecha. Dios, al contrario, en el momento en que se decidió y se dispuso a introducir en la existencia lo no existente, pensando al mismo tiempo qué figura había de tener el mundo, ha creado la forma y al mismo tiempo la materia correspondiente. Para el cielo escogió una materia adecuada al cielo, y a la tierra le dió como fundamento un substrato en correspondencia con su forma. También formó el fuego, el aire y el agua, según su voluntad, e hizo que las cosas existiesen según las exigencias de la esencia de cada una. Con un irrompible lazo de amistad unió el mundo formado de diferentes partes para que se constituyese una comunidad y hubiese en él armonía, de tal modo que aun las cosas espacialmente más apartadas las unas de las otras parecen estar unidas en perfecta concordia. Dejen, pues, sus fantásticas cavilaciones los que quisieran medir con su débil razón el poder que nuestro entendimiento no puede comprender ni lengua humana alguna expresar debidamente."

Y San Agustín (*Confesiones*, lib. 11, cap. 5; *BKV VII*, 274 y sig.): "¿Cómo has creado el cielo y la tierra y con qué instrumento has ejecutado tu magnífica obra? Tú no los has creado como lo hace un artista que hace un cuerpo sirviéndose de otro de antemano existente, según el gusto de su alma, la cual posee la capacidad de dar a los cuerpos la forma que tiene presente en su espíritu. Pero ¿sería el alma capaz de hacer esto si tú no la hubieses creado? Y hay que tener en cuenta que el artista se limita dar forma y figura a un objeto que está ya ahí y existe de antemano, por ejemplo, a la tierra, a las piedras, a la madera, al oro o a cualquier otra materia de esta clase. ¿Y cómo existirían éstas si tú no les

hubieses dado la existencia? Tú has formado el cuerpo del artista, tú has creado su alma, que dirige los miembros, y tú has puesto a su disposición la materia de que forma algo, y le has dado el talento con que conoce el arte y contempla interiormente lo que ha de representar exteriormente, y tú le has dado los sentidos por cuya mediación transmite a la materia la imagen de su espíritu, anunciando luego al alma la realización de la idea, de tal modo que el espíritu puede preguntar a la Verdad que habita en él si la imagen es buena. A ti te ensalza todo esto en cuanto que eres el Creador de todas las cosas. Pero ¿cómo las has creado? ¿Cómo, Dios mío, has creado "el cielo y la tierra"? Es seguro que no has creado el cielo y la tierra en el cielo o en la tierra, tampoco en el aire o en el agua, puesto que también esto pertenece al reino del cielo y la tierra. Tampoco has creado el universo en el universo. Porque no había lugar alguno donde algo pudiese comenzar a existir antes de que existiese lo creado en general. Ni tenías en tus manos algo con que hubieses podido hacer el cielo y la tierra. ¿De dónde hubieras podido tomar lo que no has creado para hacer algo de ello? ¿Existe acaso ser alguno fuera de tu ser? Tú, pues, dijiste: "Y así fué", y en tu Palabra lo has creado todo." En la cuadragésimasegunda homilía sobre el Evangelio de San Juan: "Hay que guardarse aquí de incurrir en el error de los maniqueos, que afirman que existe una cierta naturaleza del mal y un reino de las tinieblas con sus príncipes, el cual ha tenido el atrevimiento de luchar contra Dios; y que aquel Dios habrá enviado príncipes de su reino de la luz, a modo de hijos suyos, para que el ejército enemigo no llegase a destruir su reino, y que el ejército enemigo ha sido completamente vencido, y que de ahí vendrá el diablo. De ahí provendrá también, según ellos, nuestro cuerpo, y piensan que en este sentido habrá dicho el Señor: "El padre de quien sois es el diablo", porque eran malos como por naturaleza, pues procedían del ejército de las tinieblas. De esta manera se engañan, y se ciegan a sí mismos, y se convierten en ejército de las tinieblas, creyendo cosas falsas y pecando contra quien les ha creado. Porque toda naturaleza es buena, bien que la naturaleza humana haya empeorado a causa del pecado. Lo que Dios ha hecho no puede ser malo, si el hombre mismo no fuese malo para consigo mismo; no obstante, el Creador es el Creador y la criatura es la criatura. La criatura no puede ser comparada con el Creador. Hay que distinguir entre quien ha hecho algo y el que lo ha hecho. El banco no puede ser igual al carpintero, ni la columna puede ser igual al que la ha edificado, y no obstante el carpintero que hace un banco no ha creado la materia. Pero el Señor, nuestro Dios, por ser omnipotente y porque ha hecho con la palabra todo lo que ha hecho, para hacer lo que ha hecho no ha tenido cosa alguna de la cual hubiera podido hacerlo, y no obstante lo ha hecho. Pues todo se ha hecho, porque así lo quería; y todo se ha hecho porque ha hablado, pero lo que ha sido hecho no puede ser comparado con el Creador. ¿Buscas algo que pudieras comparar con él? Reconoce, entonces, a su Hijo unigénito."

III. *La fe en la creación y la razón.*

1. La verdad revelada, según la cual Dios es el creador del universo, se halla en la esfera de los conocimientos racionales humanos. Hasta se puede decir que la Revelación misma garantiza que la razón dispone de la capacidad necesaria para conocer la relación de Creador-criatura que hay entre Dios y el hombre. Aunque el Concilio Vaticano no quiso definir formalmente que la razón es capaz de conocer la creación de la nada (D. 1806), la cognoscibilidad natural de Dios por él definida implica la cognoscibilidad natural de la actividad creadora de Dios.

Según Santo Tomás de Aquino, la razón puede conocer con seguridad la creación de la nada a base de las siguientes reflexiones (*Summa Theol.* I, 9-44, a. 1; 9-61, a. 1): Todas las cosas del mundo y, por consiguiente, el mundo entero poseen el ser sólo a modo de participación, como lo demuestra la limitación de su capacidad y su ser, es decir, su finitud cualitativa y temporal, su mutabilidad, etc. El ser tienen que haberlo recibido de una realidad que posee el ser en sí y por sí. Ahora bien, Dios es el ser subsistente. Las pruebas de la existencia de Dios nos conducen al conocimiento de un ser que es causa absoluta, acción, voluntad y espíritu absoluto. Dios es el ser mismo y es, por consiguiente, el único ser que existe en sí y por sí. De ahí resulta que todo lo que existe fuera de Dios tiene que haber recibido de Dios el ser. Véase el § 30.

2. Es cierto que ninguna filosofía y ninguna religión fuera del ámbito de la revelación bíblica ha llegado a descubrir el concepto de creación de la nada, lo mismo que fuera del cristianismo no existe ni filosofía ni religión alguna que haya llegado a definir la auténtica trascendencia de Dios. Fuera del ámbito de la revelación bíblica la relación Dios-mundo se explica desde un punto de vista *dualista o monista*.

Las ideologías *dualistas* (religiones persas, filosofía platónica, maniqueísmo, gnosticismo, albigenses, cátaros, etc.) admiten la existencia de un principio malo o negativo opuesto al Dios de la Luz, siendo aquél con frecuencia considerado como materia del mundo. La imperfección y pecaminosidad del mundo han impresionado de tal manera a sus representantes, que no quisieron hacer a

Dios responsable de ello. Estos sistemas son tentativas inspiradas por el deseo de explicar el mal sin atribuir a Dios su origen. Toman tan en serio el mal, que lo convierten en un principio malo opuesto a Dios, aunque afirmando que, en definitiva, terminará por vencer el Dios de la Luz (cfr. § 48).

Los *monistas*, al contrario, los cuales identifican a Dios con el mundo, bagatelizan la limitación e imperfección del último. El pecado es meramente considerado como sombra del bien (Hegel) o el mal mismo, y precisamente el mal (la violencia, crueldad, etc.) es considerado como divino, en virtud de su diabólica belleza (Nietzsche).

Mientras que el Dios de los dualistas queda totalmente aislado del mundo en lejanías inaccesibles, el de los monistas no se distingue esencialmente de las cosas y fenómenos mundanos. En lo que concierne a la forma religiosa del monismo, sus partidarios afirman que el mundo es esencialmente realidad divina; es decir, son panteístas o mitologistas, siendo la mitología una determinada forma del panteísmo. Según ellos, el mundo es una realidad numinosa, santa, misteriosa y divina, con respecto a la cual el hombre adopta una actitud de comportamiento religioso (comprensión mágica del universo). El mundo, por consiguiente, no es tal como pretenden explicarle las ciencias naturales (comprensión tecnicista del universo). No es meramente una realidad capaz de ser captada y comprendida por la razón; es, además, un misterio. Los monistas perciben en el mundo la presencia de un aspecto supraterráneo, sobrenatural, trascendente y divino (religión natural). De este modo puede surgir la convicción viva de que hay en el mundo un inmanente poder religioso, o una energía numinosa que lo compenetra todo, o un alma que se halla en todas partes y en todas las cosas. En el hombre produce al mismo tiempo sentimientos de miedo y esperanza. El mundo de los dioses surge cuando uno de los fenómenos cósmicos excita de un modo especial la experiencia religiosa (p. ej., el cielo, el sol, la luz, la noche o la muerte). Cuando un hombre dotado de especiales capacidades intuitivas, cuando un visionario da forma concreta a lo numinoso y anuncia a los demás su existencia, entonces nace en él el dios. El hombre se convierte de este modo en el creador de su Dios, aunque su actividad creadora dependa de vivencias relativas a la naturaleza numinosamente experimentada. Estas vivencias cambian de aspecto y forma, según los tiempos y pueblos donde aparecen. Por eso, también los dioses se hallan siempre en un estado de cambio y modificación, pudiendo

vivir sólo durante poco tiempo. Al modificarse las vivencias del hombre se modifican también los dioses, que son puras hechuras humanas (véase R. Guardini, *Religiöse Erfahrung und Glaube*, en *Unterscheidung des Christlichen*, 1935, págs. 270-304; véase la explicación detallada de ese fenómeno en el § 104. Véanse, además, los §§ 41 y 13; la exposición y crítica de las dos primeras formas del monismo: idealista (= teofanismo) y del monismo cosmológico (= panteísmo). Véase en J. Engert, *Wege zu Gott*, 1937.

3. Las *dificultades* del concepto de creación se fundan en el hecho de que nosotros, debido a la "temporalidad" de nuestro pensamiento, no podemos figurarnos ni el comienzo absoluto ni la nada (Schelling: la nada hace tiempo que viene siendo la cruz del entendimiento). Cuando intentamos hacerlo, incurrimos en procesos discursivos infinitos, que no llegan nunca a alcanzar la meta deseada. El procedimiento consiste en negar siempre de nuevo las cosas de nuestra experiencia.

Las leyes de la *conservación de la materia y de la energía* definidas por las ciencias naturales no están en contradicción con la doctrina de la Creación. Esas leyes se refieren solamente a la materia y energía ya existentes, sin afirmar nada sobre el hecho mismo de la existencia. Las leyes de la conservación, lo mismo que las demás leyes naturales, son consideradas por la ciencia como realidades últimas, que no pueden ser deducidas de otras. El dogma de la creación nos conduce más allá de esas realidades, nos revela su origen. La opinión defendida por el existencialismo, según la cual el mundo viene de la nada (mundo lanzado en la existencia; todo viene de la nada en cuanto nada), negando la existencia del Creador, está en contradicción con la ley de la causalidad.

4. La afirmación revelada de que todas las cosas provienen de la omnipotente y creadora voluntad divina no quiere decir que el mundo haya sido creado tal como es hoy ni que ha recibido del Creador ésta o la otra forma científicamente determinable. La verdad revelada no excluye la posibilidad de que el mundo ha adquirido la forma que hoy presenta a través de un proceso evolutivo, exigiendo solamente que creamos que las estructuras primarias de las cuales se han derivado la diversidad de formas actuales y las leyes que determinan los procesos evolutivos han sido creados por Dios. Por lo que se refiere al origen del mundo, cfr. § 125.